

Proposición para el seminario permanente IDES octubre 2024

El texto que propongo a continuación es un fragmento del libro *La niña salvaje de Paraguay. Una historia de la etnografía americanista (1902-2016)* que será publicado por la editorial argentina Prohistoria (posiblemente, cuando el seminario tenga lugar el libro ya esté en librerías). Para facilitar la comprensión del capítulo IV, titulado “La construcción de una “colección guayakí”, **texto que propongo para el seminario**, adjunto la introducción del libro.

De antemano gracias por la lectura.

Verushka Alvizuri

Introducción

La historia de Maryvonne, la “tierna cobaya” de este experimento, comenzó en 1932. Ese año el etnógrafo francés Jehan Vellard emprendió una misión etnográfica en Paraguay con el propósito de coleccionar objetos para el *Musée d’ethnographie du Trocadéro*. El botín que logró coleccionar contiene, además de informaciones, objetos y esqueletos humanos, dos niños categorizados como “indios guayakí”. El niño fue dejado a cargo de la familia que hospedó a Vellard en su hacienda y falleció poco después. La niña fue sacada de Paraguay, con el propósito ambiguo de ser observada por Vellard y al mismo tiempo criada por Amélie Vellard, madre del etnógrafo. Los tres vivieron sucesivamente en Brasil, Argentina, Bolivia y Perú donde se instalaron de 1947 a 1962. La historia de una “niña salvaje” que se volvió “civilizada” le dio la vuelta al mundo. Jehan Vellard fue el primero en escribir al respecto.¹ Su versión de los hechos dio lugar a interpretaciones moralistas destinadas a juzgar su “valentía”² o bien la “falta de escrúpulos”³ de sus prácticas de colecta. La exhibición de Maryvonne como objeto de

¹ Jehan Vellard, “Exploration du Dr Vellard au Paraguay”, *Journal de la Société des Américanistes*, XXIV, núm.1, 1932, pp. 215-218 ; Jehan Vellard, “Une mission scientifique au Paraguay (15 juillet 1931-16 janvier 1933)”, *Journal de la Société des Américanistes*, XXV núm. 2, 1933, pp. 293-334 ; Jehan Vellard, “Les Indiens Guayakí”, *Journal de la Société des Américanistes*, XXVI, núm. 2, 1934, pp. 223-292 ; Jehan Vellard, *Une civilisation du miel*, Gallimard, Paris, 1939.

²Paul Rivet, “Préface”, *Une civilisation du miel*, Gallimard, 1939, pp. 5-6; Alfred Métraux, “El caso de Maryvonne”, *Correo de la Unesco*, 1950, p.8.

³Curt Unkel, *Las leyendas de la creación y destrucción del mundo como fundamento de la religión de los apapokuwa-guaraní (1944)*, Centro amazónico de antropología y aplicación práctica, Lima, 1978, pp. 31-39;

estudio en el congreso de americanistas de 1932,⁴ en revistas científicas y en la prensa dio lugar a interpretaciones evolucionistas destinadas a presentar la adaptación exitosa de la niña “salida de la edad piedra a la vida en la era atómica.”⁵ El caso tuvo un pico de difusión en los años 1950 y aun setenta años después seguían apareciendo informaciones inexactas, exageradas o falsas destinadas a presentar el triunfante destino de Maryvonne.⁶ Recientemente, un trabajo sobre la historia de la etnografía francesa de entreguerras ha actualizado el interés científico por este caso estudiándolo como un capítulo en la historia de las expediciones de Jehan Vellard por Sudamérica.⁷

Todos estos materiales convergen en un punto: ven el caso desde la perspectiva de Jehan Vellard. Pero, en ningún momento se preguntan por la manera en que Maryvonne acabó siendo parte del botín etnográfico, ni se interrogan por la madre de esta niña, ni por esa niña que se quedó sin madre, sin nombre, sin los suyos, ni cuestionan la transformación de Maryvonne en un objeto de ciencia. La naturalidad con la que se acepta esta violencia me interpela porque no obedece a la falta de reflexividad sobre el conocimiento etnográfico. Primero, porque se han deconstruido muchos mitos disciplinarios de orden práctico como el terreno,⁸ la escritura etnográfica⁹ y sus tópicos: el primer contacto,¹⁰ la salvaguarda.¹¹ Segundo, porque existen estudios de caso que describen o analizan la violencia inherente a los dispositivos de adquisición de las colecciones etnográficas (desollamientos, robo de esqueletos, robo de objetos).¹² Tercero, porque la reificación científica de seres humanos ha sido objeto de trabajos sobre filosofía

Bartolomeu Melià y Christine Münzel, “Ratones y jaguares. Reconstrucción de un genocidio a la manera de los Axé Guaraní”, *Suplemento antropológico*, Universidad Católica, Asunción, 1971, p.136.

⁴Jehan Vellard, “Compte rendu du XXVe Congrès international des Américanistes”, *Journal de la Société des Américanistes*, XXVI, núm.1, 1933. pp. 190-195.

⁵John Prebble, “Stone Age Baby Is Now Brilliant Student”, *Sydney Morning Herald*, 20.08.1950.

⁶Ana Barreto, “Marie Ivonne Vellard”, *Mujeres que hicieron historia en el Paraguay*, Servilibro, Asunción, 2011, pp. 174-176; Luis Verón, “Eslabón entre dos mundos” *ABC Color*, 19.02.2012.

⁷Diego Villar, “Les expéditions du docteur Vellard”, en *Les Années folles de l’ethnographie. Trocadéro 28-37*, Muséum national d’histoire naturelle, París, 2017, pp. 536-579.

⁸Ira Bashkow, “The Dynamics of Rapport in a Colonial Situation: David Schneider's Fieldwork on the Islands of Yap”, *Colonial Situations: Essays on the Contextualization of Ethnographic Knowledge*, University of Wisconsin Press, Madison, 1991, pp. 170–242.

⁹James Clifford y George Marcus -directores-, *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, Londres, 1986.

¹⁰Marie Louise Pratt, *Imperial Eyes. Travel, Writting and Transculturation*, Routledge, Londres, 1992.

¹¹Georges Stoking, *Observers observed. Essays on ethnographic fieldwork*, Madison, The University Wisconsin Press, 1983.

¹²**Julio Esteban** Vezub, “Henry de La Vaulx en Patagonia (1896 – 1897): la historicidad escindida de la antropología colonial y la captura de corpus y cuerpos”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.57810> ; Julien Bondaz, “L’ethnographie comme chasse”, *Gradhiva*, núm.13, 2011, pp.162-181. Leiris Michel, *L’Afrique fantôme*, Gallimard, París,1934.

política de la ciencia,¹³ historia de la apropiación y devolución de restos humanos,¹⁴ historia de personas que han pasado los últimos años de sus vidas enclaustradas en museos.¹⁵

La falta de interés académico por este caso tampoco obedece a la singularidad de un dispositivo de observación de seres humanos vivos en situaciones de cautiverio o bajo formas de dominación más sutiles. La historia de Damiana (1896), muy similar a la de Maryvonne, ha sido estudiada justamente desde la perspectiva de su reificación científica.¹⁶ Ambas fueron “capturadas” en Paraguay y proyectadas a un mundo muy diferente de su sociedad de origen. Sin embargo, el dispositivo de observación que se elabora alrededor de ambas difiere. Damiana fue un objeto de ciencia cuando dominaba el paradigma racial. En cambio, Maryvonne fue observada durante la etapa de transición hacia el régimen de la antropología social y cultural.¹⁷ Los observadores también difieren: Robert Lehman-Nitsche para Damiana, Jehan Vellard para Maryvonne. El primero, antropólogo alemán formado en filosofía y medicina, director de la sección de antropología del museo de La Plata (1897-1927), una de las especificidades de su trabajo fue la observación de individuos vivos en ferias de exhibición, asilos psiquiátricos, misiones religiosas, ingenios azucareros y reducciones indígenas.¹⁸ Lehman Nitsche fue una eminencia y un vector de la presencia científica alemana en Argentina, Paraguay. El segundo, americanista, conocido tanto por sus trabajos como entomólogo que como etnógrafo, dirigió varias instituciones y fue un vector de la penetración de la etnografía francesa en el terreno etnográfico paraguayo, pero no llegó a tener la envergadura de Nitsche.

¹³ Grégoire Chamayou, *Les corps vils. Expérimenter sur les êtres humains aux XVIIIe et XIXe siècles*, La découverte, Paris, 2008.

¹⁴ Claude Blanckaert, “Figurée, défigurée. Les carrières de Sarah Baartman”, en *La Vénus hottentote. Entre Barnum et Muséum*, Musée National Histoire Naturelle, Paris, 2013, pp. 7-33 ; Christelle Patin, *Ataï, un chefkanak au musée : histoires d’un héritage colonial*, Musée National Histoire Naturelle, Paris, 2019; Mónica Quijada, “Ancestros, ciudadanos, piezas de museo”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, XIX, núm. 2, 1998, pp. 21-46.

¹⁵ Carine Trevisan, “Être le dernier : Ishi, l’homme-archivé”, *Amnis* núm.13, 2014, [En línea], <https://doi.org/10.4000/amnis.2209>

¹⁶ Gustavo Vallejo, “Damiana en la ciudad de atenea: ciencia, género y raza en Argentina”, en *Las locas. Miradas interdisciplinarias sobre género y salud mental*, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires, 2019; Karina Oldani, Miguel Añon Suarez y Fernando Miguel Pepe, “Las muertes invisibilizadas del Museo de La Plata”, *Corpus* [En línea], I, núm. 1, 2011, <https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.986> ; Katrin Koel-Abt, Andreas Winkelmann, “The identification and restitution of human remains from an Aché girl named “Damiana”: An interdisciplinary approach”, *Annals of Anatomy - Anatomischer Anzeiger*, núm. 195, 2013, pp. 393-400.

¹⁷ Florence Weber, *Brève histoire de l’anthropologie*, Flammarion, Paris, 2015 ; Robert Deliège, *Une histoire de l’anthropologie. Ecoles, auteurs, théories*, Points, Paris, 2013.

¹⁸ Diego Ballester, “Un exhaustivo documentador de la historia del hombre: Vida y obra de Robert Lehman-Nitsche”, en *Bérose - Encyclopédie internationale des histoires de l’anthropologie*, Paris, 2018 [en línea], <https://www.berose.fr/article1307.html>

La relación que las niñas tuvieron con sus observadores también es distinta. Lehman Nitsche no construyó ningún vínculo social con Damiana, mientras que Vellard fue también el padre de Maryvonne. El destino de Damiana y Maryvonne tampoco fue similar. Damiana murió a los 14 años, su cráneo fue enviado a la facultad de medicina de Berlín donde lo esperaba Hans Virchow y su tronco se quedó en el Museo de La Plata. La identificación y devolución de sus restos ha actualizado el interés por este caso en Argentina y Paraguay.¹⁹ En cambio, el destino de Maryvonne es menos trágico, pero dista mucho de la leyenda aurea se construyó a sus expensas. Si bien existe una memoria paraguaya que se mantiene gracias a la prensa,²⁰ el caso está desvinculado de una antropología nacional y vinculado más bien a la historia de la etnografía francesa de entreguerras.

He seguido esa pista. Partiré del principio que la condición indígena no es una categoría ontológica, sino que resulta de una historia.²¹ Sin embargo, es una categoría instituida históricamente por muchas instancias: el Estado, las misiones religiosas, las ciencias.²² Conviene situar este caso en el campo de una historia de las ciencias, los conocimientos y las representaciones sobre la diversidad humana. Existe cierto consenso respecto a la hegemonía del racismo científico que alcanzó su apogeo a la par de los imperios coloniales entre finales del siglo XIX y mediados del siglo XX²³ y fue seguido de una etapa de transición que desemboca en la condena de las doctrinas racistas.²⁴ Se considera que tres aceleradores favorecieron este giro copernicano: la influencia de Franz Boas, los estragos de la Segunda Guerra y el compromiso político de muchos antropólogos que sufrieron en carne propia la persecución fascista.²⁵ Esta idea consensual se puede hallar en la retórica de la identidad disciplinaria de varias antropologías canónicas²⁶ y se apoya en dos argumentos: el abandono de los paradigmas evolucionistas a favor del difusionismo y el abandono de la antropología física

¹⁹ Patricia Arenas, "Ahora Damiana es Krygi. Restitución de restos a la comunidad aché de Ypetimi. Paraguay", *Corpus* [En línea], I, núm.1, 2011, <https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.894>.

²⁰ Luis Verón, "Eslabón entre dos mundos" *ABC Color*, 19.02.2012.

²¹ Claudia Briones, *La alteridad del "cuarto mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*, Ediciones del sol, Buenos Aires, 1998.

²² Verushka Alvizuri, *La construcción de la aymaridad. Una historia de la etnicidad en Bolivia*, El País, Santa Cruz, 2009; Paula López, *Les Indiens et la nation au Mexique. Une dimension historique de l'altérité*, Karthala, París, 2012; Diego Escolar, *Los dones étnicos de la nación. Identidades huarpe y modos de producción de soberanía en Argentina*, Prometeo, Buenos Aires, 2007.

²³ Veronika Lipphardt, "Les savoirs de la diversité humaine", *Histoire des sciences et des savoirs*, Seuil, París, 2015, pp.253-273.

²⁴ Alice Conklin, *Exposer l'humanité. Race, ethnologie et empire en France (1850-1950)*, Musée National Histoire Naturelle, París, 2015, p.11.

²⁵ Alice Conklin, *Exposer l'humanité. Race, ethnologie et empire en France (1850-1950)*, Musée National Histoire Naturelle, París, 2015.

²⁶ Benjamin Orlove, "Editorial: Reviewing Histories of Anthropology," *Current Anthropology*, vol. 45, no. 2, 2004, pp. 135-135.

a favor de la antropología social.²⁷ Aceptar estas ideas resulta muy cómodo porque conforta una visión teleológica de la historia de la disciplina como si esta hubiera seguido un progreso rectilíneo y progresista. A esta visión se le podría oponer una historia social de las ciencias que postula el carácter local y trivial del conocimiento, que no se apoya en métodos geniales, ni racionales, sino en un esfuerzo de persuasión y credibilidad.²⁸ Al interior de este panorama historiográfico, el caso de Maryvonne ¿ilustra, contradice o matiza la tesis del giro copernicano?

Otra de las especificidades de este campo es metodológica y tiene que ver con la perspectiva desde la cual se hace la historia de la antropología. La principal tensión que atraviesa este campo radica en la percepción que se tiene de la actividad etnográfica. Algunos trabajos denuncian la violencia epistémica inherente a dispositivos de adquisición del conocimiento etnográfico, pero renuncian a comprender la complejidad de los códigos científicos que la permiten. Otros, se focalizan en estudiar los aspectos internos de disciplina, pero no interrogan el impacto social de la actividad científica. Quisiera interrogar el caso de Maryvonne situándolo en la frontera de esta tensión. Es decir, entender la etnografía americanista de la época, pero también comprender qué consecuencias biográficas tuvo esta experiencia. En otras palabras, me interesa comprender tanto la perspectiva del observador como la de la observada.

El estudio de los procesos de categorización científica de la diversidad humana ha dado lugar a estudios de caso que los analizan a escala de un país o de un colectivo. Lo que me propongo aquí es reducir la escala de observación e interrogar, a escala de dos individuos, el observador y la observada, el proceso de reificación científica de Maryvonne. La escala micro histórica permite observar las estrategias de dos individuos confrontados a una misma historia pero a diferentes realidades sociales. La observación de Maryvonne como objeto de ciencia ocurre entre 1932-1962, periodo durante el cual Maryvonne vive con Jehan Vellard, a la vez como hija y como objeto de estudio. Sin embargo, he tenido que retroceder y avanzar fuera de esos límites cronológicos al restituir el itinerario de Jehan Vellard (1901-1996) y de María Ivonne Vellard Chapiama (1932-2016). Este método biográfico que utilizo para estudiar la reificación científica de Maryvonne sobrepasa las fronteras y los temas que me interesa estudiar aquí, pero permite comprender a los actores sociales, los accidentes de sus itinerarios, sus percepciones situadas. Permite, en suma, entender los antecedentes del caso y sus consecuencias.

²⁷Weber, Florence, *Brève histoire de l'anthropologie*, cit.

²⁸ Steven Shaping, *Une histoire sociale de la vérité. Science et mondanité dans l'Angleterre du XVIIe siècle*, Paris, La Découverte, 2014 ; Simon Schaffer, *La fabrique des sciences modernes*, Paris, Seuil, 2014.

Para dar cuenta de la complejidad de este caso he organizado mi exposición alrededor de tres partes. La primera interroga el itinerario social e intelectual de Jehan Vellard al momento de la expedición. Busca entender la condición social de un trabajador de la etnografía, su posición en este campo, la manera en que el individuo es trabajado por las ideologías de su tiempo y la comprensión que tenía de su actividad etnográfica. La segunda parte trata sobre la historia de la expedición etnográfica de un científico francés en Paraguay. Intenta situar las prácticas de colecta y la escritura etnográfica en un contexto social y científico. La tercera parte es un ensayo biográfico que distingue el personaje etnográfico de Maryvonne, de María Ivonne Vellard Chapiama, el sujeto social con capacidad de actuar.

Segunda parte. Expedición, colecta y escritura

Capítulo IV. La construcción de una “colección guayakí”

Los estudios sobre el colectivo humano que se designaba como *indios guayakí* eran un campo científico ocupado por instituciones argentinas y alemanas, antes de que Jehan Vellard publicara sus trabajos. Entonces, se podría decir que jugó un rol de pionero y abrió una brecha para las instituciones francesas, lo que explicaría en parte porqué su trabajo fue tan destacado en Francia. Para darle relieve a su incursión en este campo se recurrió a dos estrategias. La primera, es la retórica del descubrimiento que consiste en destacar el aislamiento social, lingüístico y biológico de un grupo humano “puro”, “nunca antes contactado” antes de la llegada del etnógrafo. La segunda, es la estrategia de apropiación de los objetos y los conocimientos que es compleja y consiste, entre otras cosas, en bautizar a los objetos con el apellido del etnógrafo y por otro, en *donarlos* al museo donde son clasificados usando el etnónimo *guayakí* que el etnógrafo ha escrito en la ficha del objeto que entra en una colección.

La fábrica de los indios guayaki

El etnónimo *guayaquí* (i) o *guayakí* (las grafías varían) literalmente designa un animal depredador y salvaje: abejas silvestres,²⁹ comadreja,³⁰ ratones feroces³¹. Este etnónimo tiene una historia: se elabora durante el periodo colonial y luego es retomado por misioneros, soldados, viajeros, antropólogos naturalistas y etnógrafos en los siglos XIX-XX. La intervención de estos últimos naturaliza las categorías coloniales transformándolas en categorizaciones científicas. En las últimas décadas, debido a su connotación peyorativa y la denuncia de genocidio, se ha militado por la supresión de este término y por la adopción del endónimo *aché* que significa "hombre, persona, locutor".³² Este cambio expresa el rechazo de un término peyorativo con el cual es difícil identificarse y promueve el uso de otro que facilite la identificación, federe la adhesión colectiva y la producción de una subjetividad política.

²⁹ Guillermo Tell Bertoni, “El indio guayakí; una raza interesante y mal conocida, *Congreso Internacional de Americanistas realizado en Rio de Janeiro en 1922*, sesión 20, I, 1924, pp., 103-110.

³⁰ León Cadogan, “Algunas consideraciones sobre etnografía guayakí. Yvytyrusú”, *Revista Guaireña de Cultura*, IV, núm. 8, 1964, pp. 24-25.

³¹ Pierre Clastres, *Chronique des Indiens Guayaki*, Plon, París, 1972.

³² Philippe Edeb Piragui, “Los aché: nómadas de la selva subtropical”, *Linaje*, [en línea], <https://linaje.org>

El término *guayakí* designa la relación y la posición social de un grupo con relación a otros en un momento dado. La adopción del término “aché” informa también sobre un cambio de las relaciones interétnicas del grupo e incluso como un cambio de su posición en la sociedad paraguaya.³³ Esto significa que los guayakí de 1930, no son los aché de hoy, sin duda existen vínculos que permiten hablar de una historia común, pero también nítidas diferencias. Sin llegar a sugerir que los aché ocupan una posición de prestigio en la sociedad paraguaya, tampoco se podría decir que ocupan la misma posición de “presas” de cacería humana de antaño. Por esta razón, no recurrí a categorías analíticas para establecer una distancia entre el lenguaje de los actores sociales y el mío. Por una cuestión de fidelidad al discurso de los actores sociales y también por una cuestión de fidelidad conceptual, decidí guardar el término guayakí.

El discurso etnográfico sobre este grupo social comienza a configurarse en el siglo XVII. Estos fueron caracterizados por los jesuitas como gente que rechazaba activamente el contacto y que no se adaptaba al marco de la vida civilizada que ofrecían las misiones. Posteriormente, durante el siglo XIX, a través de los relatos de viajeros, militares, misioneros y colonos va tomando forma la imagen estereotipada de un grupo de salvajes que vivía en retraso con relación a los civilizados. El discurso propiamente antropológico/etnográfico se configura entre 1895-1932. Durante esos años una veintena de monografías fueron publicadas por catorce autores diferentes, principalmente en alemán (10 títulos), en francés (3 títulos), en italiano (2 títulos), y en español (5 títulos). Debido a la dificultad que planteaba el contacto personal, la mayor parte de los autores opta por estudiar osamentas o colecciones. Los temas de estudio son las

³³ Nicholas Richard, “Les chiens, les hommes et les étrangers furieux. Archéologie des identités indiennes dans le Chaco boréal”, *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, [en línea] <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.43103>

características físicas,³⁴ en particular los estudios del cráneo,³⁵ las colecciones,³⁶ la lengua³⁷ y los aspectos sociales y culturales estudiados principalmente por Federico Mainzthusen.³⁸

La publicación de un texto de Charles de la Hitte (1857-1927) es considerada como un evento inaugural. El 13 de febrero de 1895 fue publicado en el diario argentino *La Nación* un extenso artículo titulado “Los indios guayaquíes. En plena selva. El hombre primitivo”. El autor, un aristócrata francés, jurista con una cultura enciclopédica y amateur de antropología, había pasado ocho meses en el oriente paraguayo, sin lograr establecer un contacto. En cambio, durante su expedición logro juntar una colección de objetos que legó o vendió al Museo de La Plata. Sin duda lo que más perennidad y mediatización tuvo fueron las cuatro fotografías que elaboró³⁹. En ellas se ve a un hombre joven, a quien el texto categoriza como guayakí, que vivía en calidad de cautivo en una hacienda de Villa Encarnación. Aparece ataviado de una serie de objetos -que posiblemente no eran suyos, sino que formaban parte del botín etnográfico que había conseguido Charles de la Hitte - entre los cuales se destacan una cofia en piel de felino, un collar de colmillos, un arco y una cinta alrededor de la cintura. Este material inaugura el campo de los estudios etnográficos sobre los guayakí, que entonces se entendían principalmente como una actividad de colecta. Así se inicia una suerte de avidez museográfica por los materiales vinculados a este grupo humano: informaciones, objetos y huesos.

Hasta finales de la década de 1910, la influencia de la antropología alemana es flagrante en lo que respecta a la formación de la mayor parte de los autores. Sin embargo, las redes institucionales de las cuales son tributarios difieren. Por un lado, están los trabajos vinculados al Museo de la Plata de Buenos Aires que son pioneros (La Hitte, Lehman-Nitsche, Guiffrida-

³⁴ Charles de La Hitte y Ten Kate, “Quelques observations nouvelles sur les Indiens guayakis du Paraguay”, *Revista del Museo de La Plata*, II, 1897, pp. 399-408; Lehmann-Nietsche Robert, “Relevamiento antropológico de un india guayakí”, *Revista del Museo de La Plata*, XV, 1908, pp. 91-100.

³⁵ Giuffrida Ruggeri Vincenzo, “Un cráneo guayachi, un cráneo (incompleto) ciamacoco e un cráneo fueguino», *Atti della Società Romana de Antropología*, XII, 1906, p.235-254; Virchow Hans, “Kopf eines Guayaki-Mädchens”, *Zeitschrift Für Ethnologie*, XL, 1908, pp.117-120.

³⁶ Steinen Karl von den, “ Die Guayaqui-Sammlung der Hrn. Dr. v. Weickhmann. Verhandlungen Berliner Gesellschaft für Anthropologie ”, *Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*, t. XXXIII, 1901; Kunike Hugo, «Ethnographisches und Archeologisches ander Guayaki Region», *Amtlicher Bericht der Kunstsammlungen*, I. XII, 1911.

³⁷ Vogt, P. F. “Material Zur Ethnographie Und Sprache Der Guayakí-Indianer ”, *Zeitschrift Für Ethnologie*, XXXV, núm. 6, 1903, pp. 849-874; Virchow Hans, « Kopf eines Guayaki-Mädchens, *Zeitschrift Für Ethnologie*, XL, 1908, pp.117-120; Mayntzhusen Federico, « Die Sprache der Guayaki, *Zeitschrift Für Ethnologie*, 10, 1919-20, pp 2-22

³⁸ Mayntzhusen Federico, “Ueber Gehräuche bei der Geburt und die Namengehung der Guayakí”, *International Congress of Americanists*. XVIII session, Londres, 1912, t. II, Londres, 1913, p. 408-412.

³⁹ Alejandro Martínez, *Imágenes fotográficas sobre pueblos indígenas. Un enfoque antropológico*, tesis de doctorado dirigida por Liliana Tamagno e Irina Podgorny, Universidad de la Plata, 2010.

Ruggieri). Por otro lado, están los trabajos vinculados a las redes etnográficas alemanas; ya sea porque los artículos fueron publicados en las revistas *Globus*, *Anthropos* o *Zeitschrift für Ethnologie* o bien porque el museo etnográfico de Berlín había financiado la expedición etnográfica (Virchow, Steinen, Kunike, Vogt).

Los primeros datos antropológicos sobre Paraguay aparecen en la bibliografía que trata sobre Argentina o el Río de la Plata debido a las circunstancias coloniales.⁴⁰ Posteriormente, después de la Guerra de la Triple alianza, la relación de dominación que Argentina comenzó a ejercer sobre Paraguay se puede percibir no solo en el ámbito económico, sino también en el campo científico. Los datos antropológicos paraguayos comenzaron a aparecer en periódicos argentinos y libros publicados en Argentina. Desde finales del siglo XIX la investigación estuvo vinculada a la antropología argentina que se había institucionalizado alrededor del Museo de La Plata y de Francisco Moreno. En cierta forma, este museo imitaba a los museos de los imperios coloniales que realizaban expediciones en los países que dominaban para buscar en ellos las colecciones que pudieran enriquecer su patrimonio museográfico. Los antropólogos del Museo de Plata que vinieron a Paraguay lo hicieron en el contexto de expediciones etnográficas destinadas a recolectar informaciones y materiales que pudieran enriquecer las colecciones de dicho museo. Concretamente, tenemos tres autores vinculados con esta corriente: Fernando Lahille (1861-1940) un francés formado en ciencias naturales y medicina; Roberto Lehman-Nitsche (1872-1932) alemán formado en ciencias naturales y antropología y Herman Kate (1898-1931) dibujante holandés formado en antropología en Alemania y Francia.⁴¹ Los tres emigraron a Argentina y trabajaron junto a Francisco Moreno, ocupando puestos de dirección en la dirección del Museo de La Plata. Sus trabajos sobre los guayakí fueron publicados entre 1898-1899 y además del coleccionismo, son tributarios de una historia natural del hombre y de la práctica de la antropología física. La principal problemática asociada a los guayakí estaba relacionada con la antigüedad de su origen.

Conviene mencionar, como un caso aparte, el trabajo de Frederico Mainzthusen (1873-1949), un colono alemán considerado como el primero en lograr establecer un contacto libre de violencia con los guayakí -su hagiografía lo presenta como un hombre de bien, comprometido con la protección de los guayakí e incluso casado con una chica de este grupo-. El hecho de

⁴⁰ Neto Paulo De Carvalho, “Bases bibliográficas para el estudio sistemático de la antropología paraguaya”, *Boletín Bibliográfico De Antropología Americana*, XIII, núm. 1, 1950, pp. 179–210.

⁴¹ Máximo Farro, “Herman Frederik Carel ten Kate, primer encargado de la Sección Antropológica del Museo de La Plata”, *Revista Museo*, III, núm. 23, 2009, pp. 9- 16.

carecer de una cultura científica le permitió -en todo caso en sus primeros trabajos- escribir textos más originales en los que se interroga por las “costumbres” vinculadas al nacimiento (1912), el etnónimo (1924, 1926) y las relaciones interétnicas. Comparativamente, es el autor más prolífico de este campo.

La segunda ola de publicaciones era tributaria tanto de la etnografía alemana como del coleccionismo alemán. Mencionaré cuatro autores que aparecen en la bibliografía de Vellard. El primero es Paul Ehrenreich (1855-1919) médico, etnógrafo y sociólogo que fue un pionero -para su época- en combinar el trabajo de terreno y de biblioteca.⁴² Aunque el Paraguay no fue su terreno privilegiado como lo fue Brasil, publicó en 1898, un trabajo en la revista alemana de antropología *Globus* sobre los guayakí contribuyendo a forjar la reputación de una “civilización de la edad de la piedra”.⁴³ Posteriormente, aparecieron dos artículos en la revista de etnografía de Berlín *Zeitschrift für Ethnologie*. En 1902 se publicaron las observaciones de Frederico Vogt, misionero alemán del Verbo Divino, enviado en 1889 a la Diócesis del Paraná, quien hizo descripciones etnográficas y lingüísticas. En 1908, el anatomista alemán Hans Virchow (1852-1940) recibió el cráneo de Damiana, una joven que había sido objeto de estudio desde su infancia y publicó un artículo de su estudio anatómico, *Kopf eines Guayakí-Mädchens*, (cabeza de una joven guayakí). En 1911, la revista sobre coleccionismo *Amtlicher Bericht aus den königl. Kunstsammlungen* publicó un texto ilustrado con fotografías sobre la colección guayakí de Hugo Kunike (1887-1945) etnólogo, lingüista formado en Leipzig, asistente de investigación en el museo etnográfico de Berlín (1909-1919).

La competencia por la ocupación del terreno etnográfico tiene los contornos de un nacionalismo antropológico. Durante la primera mitad del siglo XX las expediciones etnográficas en terreno americano están lideradas por los etnógrafos alemanes. Aunque Alemania no tenía ningún interés colonial, sí tenía intereses económicos en América Latina y promovió activamente la instalación de colonias alemanas y la acción de los misioneros. Posiblemente -aunque hace falta demostrarlo- el interés geopolítico de la etnografía alemana esté vinculado con este frente pionero de los colonos y su necesidad de comprender y controlar los recursos humanos existentes. Hay varias figuras destacadas de la antropología alemana, pero, la que más se destaca es la de Adolf Bastien, precursor e impulsor del desarrollo de las colecciones americanas para el museo etnográfico de Berlín. Él ocupó la primera cátedra de antropología

⁴² Paul Rivet, “Paul Ehrenreich”, *Journal de la Société des Américanistes*, XI, 1919. pp. 245-246.

⁴³Paul Ehrenreich, “Neue Mitteilungen über die Guayaki (steinzeitmenschen), en Paraguay”, *Globus*, XXI II, 1898, pp. 73-78.

en la Universidad de Berlín y gracias a su iniciativa se creó el museo antropológico de Berlín en 1898, *Berliner Museum für Völkerkunde*. El creó en 1869 junto con Rudolph Virchow, la sociedad berlinesa de antropología, *Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie* y su principal medio de difusión, la revista de antropología, la *Zeitschrift für Ethnologie*, creada junto con Rudolf Hartmann.⁴⁴ En este contexto de efervescencia Bastien realiza las principales expediciones en busca de los guayakí, mucho antes de que Vellard llegue al terreno. El caso de las expediciones etnográficas francesas es un campo que ha comenzado a ser explorado gracias a los trabajos de Christine Laurière autora de la biografía de Paul Rivet. Entre 1929- 1935 el *Musée d'ethnographie du Trocadéro* inició un proceso de modernización para no quedarse atrás frente a los grandes museos etnográficos del mundo: (Berlín, Londres, Smithsonian). Su director, Paul Rivet promovió la realización de un centenar de expediciones etnográficas destinadas a coleccionar material para enriquecer la colección del museo que dirigía.⁴⁵

En la década de 1930, cuando Vellard inicia su expedición etnográfica en el Caaguazú, el discurso etnográfico sobre los guayakí giraba alrededor de tres temas: la tribu desconocida (una idea basada en la rareza de la información disponible debido al rechazo activo que oponían a cualquier contacto), la civilización de la edad de piedra (debido al despojo material y tecnológico que eran entendidos como carencias) y el desfase cronológico con relación a los civilizados (que era conceptualizado usando expresiones como “edad de piedra”).

Contrariamente a lo que se cree, los guayakí eran un objeto de estudio común de la antropología, entendida tanto como antropología física, coleccionismo y como una incipiente antropología cultural. Este terreno estaba visiblemente dominado por dos antropologías nacionales: la alemana y la argentina. Entonces, la presencia de Jehan Vellard en el terreno, y para colmo en medio de un conflicto bélico (la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay, 1932-1935), no es solo el fruto del azar. El terreno etnográfico paraguayo estaba siendo disputado por varias antropologías nacionales que intentaban ocupar el terreno. El mérito de Vellard consistió en abrir una brecha para la antropología francesa en Paraguay.

⁴⁴ Sandra Rebok, “La constitución de la investigación antropológica alemana sobre América latina a finales del siglo XIX”, *Revista de Indias*, LXII, núm. 224, 2002, pp. 195-222.

⁴⁵ Christine Laurière, “L'épreuve du feu des futurs maîtres de l'ethnologie”, *Les années folles...cit.*, pp. 405-447, p 419.

Una colección guayaki de objetos y seres humanos

En la colección paraguaya que Jehan Vellard logró construir durante su expedición se pueden hallar más de doscientos objetos, algunos fósiles, dos urnas funerarias y tres esqueletos. Esta es, por así decirlo, la lista oficial. Ahora bien, oficiosamente, hallamos también dos niños, que el etnógrafo bautizó como “Luis Guayakí” y “Maryvonne Guayakí”. Ellos forman parte del corpus etnográfico analizado por el etnógrafo y van a servir como proveedores de información biológica, cultural, lingüística y humana. Luego, Luis es entregado a la familia Balansa y años más tarde fallece, según explica el propio Vellard, de una afección pulmonar. Maryvonne, por lo pronto, es confiada a la madre de Jehan Vellard para que se ocupe de criarla. ¿Cuál es el estatus ontológico que se les concede a los seres humanos vivos en los contextos de colecta etnográfica de los años treinta? ¿tienen estatus de humanos, de “especímenes humanos” o de objetos?

La colecta de restos humanos durante el periodo de los imperios coloniales ha dado lugar a numerosos trabajos que interrogan esta práctica, ya sea desde una perspectiva moral, jurídica o técnica. Los trabajos sobre Sara Baartman⁴⁶ y sobre el jefe kanak Ataï⁴⁷ son probablemente los más conocidos en Francia, sin duda porque los restos humanos de ambos fueron restituidos. Ambos trabajos fueron editados por el *Muséum d'histoire naturelle de Paris* y no es sorprendente porque el estudio de los procesos de repatriación de restos humanos ha obligado a los museos a interesarse acerca de la historia de los especímenes humanos en las colecciones.⁴⁸ En el contexto latinoamericano hay varios casos, el de Damiana que mencioné en la introducción. También está el del cacique Incanayal y varios miembros de su familia. En 1885 fueron tomados prisioneros en el contexto de la “Campaña del Desierto”; luego, internados en la isla Martín García y finalmente trasladados Museo de la Plata, a pedido de Francisco Moreno. Las cinco personas de este grupo fallecieron en el Museo en 1887, posteriormente fueron naturalizadas y sus restos humanos, exhibidos.⁴⁹ Sin embargo, estos trabajos tratan sobre restos humanos, y no sobre personas vivas. No interrogan lo que me interesa elucidar aquí: cuál es el

⁴⁶ Claude Blanckaert, *La Vénus hottentote. Entre Barnum et Muséum*, Muséum national d'histoire naturelle, Paris, 2013.

⁴⁷ Christelle Patin, *Ataï, un chef kanak au musée : histoires d'un héritage colonial*, Paris, Muséum national d'histoire naturelle, 2019.

⁴⁸ Cressida Fforde, et.al (eds), *The Routledge companion to Indigenous repatriation: return, reconcile, renew*, London, Routledge, 2020.

⁴⁹ Pepe Fernando et.al. (eds) *Antropología del genocidio. Identificación y restitución: colecciones de restos humanos en el Museo de La Plata*, La Plata, De La Campana, 2010.

estatus ontológico que se les concede a los seres humanos vivos y cuáles son las normas científicas, técnicas, morales y jurídicas que rigen el campo del coleccionismo.

En su informe de misión de 1933 Jehan Vellard enumera las piezas de la colección paraguaya que fueron enviadas al *Musée d'ethnographie du Trocadéro* gracias al servicio diplomático que se encargaba del transporte. En esta lista aparecen mezclados los objetos funerarios, los objetos cotidianos y los restos humanos como si pertenecieran a un mismo nivel ontológico. Desde la perspectiva de la historia de las ciencias, esta lista, organizada de esa manera, revela algo que muchos autores identifican como una “cultura de la colecta” que carece de especificidad disciplinaria, siendo que en aquella época ya existían fronteras entre las disciplinas⁵⁰. Es decir, que en aquellos años se empleaba una misma práctica de colecta, sin importar la disciplina, lo mismo para la entomología o que para la etnografía. Por esta razón, posiblemente, Vellard no considera necesario establecer una distinción. Lo que resulta de esta ausencia de diferenciación es que los humanos acaban figurando como “objetos” de la colección. En su lista, solo es cuestión de esqueletos, pero en su informe de misión de 1933 y en los dos artículos monográficos sobre los guayakí, publicados en 1934, 1935, también menciona a los dos niños que forman parte del botín etnográfico. Por la posición que ocupan, no solo a nivel del discurso etnográfico, sino a juzgar por el dispositivo que se organiza a su alrededor, se podría decir que no son identificados de la misma manera que un objeto, pero si son tratados como parte de la colección.

En su informe de 1934, Vellard organiza su exposición de manera que separa, por un lado, la colección etnográfica propiamente dicha constituida por artefactos y, por otro lado, en un acápite consagrado al estudio del “tipo físico” donde menciona sus “observaciones en el ser vivo”, procede a describir cuatro casos. Fortunata, niña de unos diez años “capturada” unos ocho años atrás, Maryvonne, Luis y el jefe del arroyo de Camba-y, fallecido de herida de bala durante el enfrentamiento y observado *post mortem* “brevemente” como explica Vellard. Lo que me interesa determinar, a partir del discurso etnográfico, es el estatus que tienen estas personas dentro de la colecta. Vellard explica que son seres vivos observados, pero implícitamente también está indicando que estas observaciones forman parte de los resultados de la colecta.

⁵⁰ Robert Kohler, “Finders, keepers: Collecting sciences and collecting practices”, *History of Science* 45, 2007, p. 428-454.

La captura de “especímenes exóticos” es una práctica que se expande durante los procesos coloniales, y se desarrolla junto a la Ilustración.⁵¹ También existe constancia de observaciones médicas *in corpore vivo* hasta finales del siglo XIX.⁵² Por otro lado, sabemos que los zoológicos humanos fueron una atracción popular de las exhibiciones coloniales en el siglo XIX. Todas estas prácticas son relativamente banales, incluso hasta las primeras décadas del siglo XX, pero los valores comienzan a modificarse, y, por ejemplo, las exhibiciones coloniales posteriores a 1920 pretenden dar una imagen positiva de los efectos de la colonización y dejan de mostrar a los exóticos como “salvajes” y los muestran como civilizados para dejar ver los efectos de la misión civilizadora. En este contexto a la vez científico y moral, las “observaciones en seres vivos” que propone Vellard no están totalmente reñidas con los códigos de la época, pero tampoco son del todo banales. En la práctica etnográfica francesa de la década de los 20 y los 30 existe constancia del recurso a la cacería de especímenes animales⁵³ y del robo de objetos, pero no existen otros casos de “captura” de seres humanos con fines etnográficos. Entonces, aquí tenemos la principal singularidad de este caso. Sin embargo, a juzgar por la recepción, sobre la cual volveré más adelante, podemos constatar que no existe en ese momento la conciencia de una infracción moral o científica.

El hecho de incluir estas “observaciones en seres vivos” dentro de los resultados del trabajo etnográfico muestra cierta porosidad disciplinaria con las ciencias naturales. Ahora bien, en esta colecta etnográfica no existe ningún dato entomológico o zoológico que permita hablar de una colecta mixta. Lo que hay es una visión a la vez etnográfica y antropológica de la práctica disciplinaria. Por lo tanto, si nos concentramos en los procesos cognitivos de clasificación, entonces, se podría decir que, efectivamente, estas cuatro personas hacen las veces de especímenes humanos.

Sabemos que la “carrera etnográfica” de estas cuatro personas no es comparable. Fortunata y el jefe, son mencionados únicamente en este documento y luego no se habla más de ellos. Luis, es mencionado en dos de los trabajos publicados (1934, 1939), pero su “carrera científica” es breve principalmente porque con su fallecimiento también se acaba el trabajo de observación y Maryvonne es mencionada en todos los trabajos de Vellard, además de ser “presentada” en la

⁵¹ Pascale Blanchard, *Zoos humains et exhibitions coloniales*, La Découverte, Paris, 2002, p.12.

⁵² Chamayou, Gregoire, *Les corps vils*, cit.

⁵³ Julien Bondaz, “L’ethnographie comme chasse...”, cit., p. 162-181.

reunión de los americanistas en Buenos Aires en diciembre de 1932 y observada durante tres décadas.

No me voy a detener aquí a analizar las descripciones que Vellard hace de Maryvonne. Tampoco me voy a detener en el caso de Fortunata, ni del jefe. Ignoro lo que pasó con el cuerpo de este último. Sabemos que estos cuerpos poseían un valor científico y que los museos tenían interés en ellos. En el inventario de la colección figura un “esqueleto guayakí”, ignoro los detalles macabros, no sé si trata de la misma persona. En cambio, me gustaría analizar los pasajes que Vellard le concede a Luis Guayakí porque ilustran bien las prácticas de colecta. Por supuesto estos análisis también se podrían extrapolar al caso de Maryvonne. Aunque la atención que le presta es mayor y la comparación que hace entre ambos la favorece a ella.

El niño conocido como “Luis Guayakí” acabó dentro de la colección en circunstancias similares que Maryvonne. El 6 de octubre de 1932 Vellard se lanzó a una quinta y última expedición, acompañado del mismo grupo de hombres, a los que nuevamente dotó de armas. En 1933, en su informe de misión, da una versión de los hechos. En ella recurre a la estrategia empleada para narrar la “captura” de Maryvonne que ocurre con anterioridad. Esta consiste en relatar una escena de suspenso, un ambiente lluvioso, el hallazgo de huellas y la violencia del encuentro por culpa de los indios. Los guayakí rechazaban activamente el contacto, Vellard lo sabía, pero esto no le impidió seguirles la pista. El 15 de octubre, ambos grupos se hallaron frente a frente, se produjo un intercambio violento y desigual, flechazos contra balazos. Imposible saber cómo sucedieron de verdad los hechos, porque solo nos queda la versión de Vellard que es juez y parte. Nuestro testigo único, como es de suponer, acusa a los guayakí de haber atacado primero. Como resultado del encuentro un adulto murió y otro fue herido por las balas, Vellard no dice si lo mataron. El niño que se hallaba con el grupo fue atrapado por los peones.

Antes de que pudieran recuperarse de su sorpresa estábamos al medio de ellos. Los del refugio huyeron llevándose sus armas, desaparecieron en un gran ruido de ramas aplastadas comparable a una ráfaga de viento, cuando los matorrales se cerraron detrás de ellos nada más reveló su presencia. Los indios que estaban cerca del árbol no habían podido escaparse, bruscamente los balazos estallaron detrás de mí y de los cuatro hombres que me habían seguido, fue un milagro que ninguno de nosotros haya sido alcanzado. Para evitar las balas mis peones se separaron llevando al niño guayakí, los últimos guayakí aprovecharon para escaparse, pero uno de ellos gemía en el suelo y no sobrevivió más que unos

instantes. En un minuto de confusión, viendo, al parecer, uno de los guayakí levantarse para tomar un hacha, mi capataz y sus dos hombres formando la retaguardia habían disparado...⁵⁴

En el primer tomo su monografía sobre los indios guayakí publicada al año siguiente, en 1934, Vellard modifica un poco la versión de los hechos. Ya no dice que el niño “fue llevado por sus peones”, sino que “fue abandonado por los suyos”. Por otro lado, le atribuye al niño un gran desapego afectivo hacia los suyos. Asegura que este no intentó huir al ver lo sucedido, más al contrario, que los siguió voluntariamente y una vez con ellos no mostró grandes signos de tristeza, adaptándose rápidamente a la nueva situación.

La vida ruda del bosque no debe ser muy propicia para el desarrollo de los sentimientos en su tribu natal, mientras que en las estancias son bien tratados. Cuando el pequeño Luis fue encontrado en circunstancias trágicas quedándose solo en el campamento abandonado por los suyos no manifestó ninguna emoción, nos miraba inmóvil con sus ojos sorprendidos sin una palabra, sin una lágrima, nos ha seguido voluntariamente, parecía muy contento de su suerte y jamás ha preguntado por su familia⁵⁵

La práctica de la captura no es inusual en el contexto de la etnografía colonial francesa en Africa. Sabemos, por ejemplo, que cuando Marcel Griaule se lanzó a la expedición etnográfica Dakar-Djibouti, disponía, sin que ello provoque ningún conflicto moral, de un “permiso de captura científica” entregado por el Ministerio de las colonias⁵⁶. Sabemos también que Rivet asimilaba la colecta etnográfica a un botín⁵⁷. Es cierto que la etnografía francesa de los años treinta no conserva registros de otros casos de “captura humana” y que solo Vellard ha dejado evidencia de haber recurrido a esta práctica. Por supuesto, él no disponía, como Griaule, de una autorización oficial de captura, pero su acción no parece haber provocado ningún rechazo pues hallaba su legitimidad en la banalidad de esta práctica social en el Paraguay de aquellos años.

⁵⁴ Jehan Vellard, “Une mission scientifique ...”, *cit*, p.324.

⁵⁵ Jehan Vellard, “Les Indiens Guayakí”, *Journal de la Société des Américanistes*. XXVI, núm. 2, 1934. pp. 223-292, p. 268.

⁵⁶ André Delpuech, “Collectes, collections, collectionneurs dans les années 30”, en *Les Années folles de l’ethnographie. Trocadéro 28-37*, Muséum national d’histoire naturelle, París, 2017, pp. 449-479, p.470.

⁵⁷ Jean Jamin, “L’ethnographie mode d’emploi. De quelques rapports de l’ethnologie avec le malaise dans la civilisation”, en *Le mal et la douleur*, Musée d’ethnographie de Neuchâtel, Neuchâtel, 1986, pp.45-79.

En 1935, Vellard publicó el segundo tomo de su monografía sobre los guayakí. En este texto presenta, entre otros resultados de la expedición, un “vocabulario guayakí” de 600 palabras. Dado lo poco que se sabía sobre ellos y dada la imagen de inaccesibilidad que los precedía, se consideró que la compilación constituía una hazaña científica. Obviamente, hoy sabemos que la proeza no fue tal si consideramos que la obtuvo gracias a un niño que no sobrepasaba los diez años. Sin pretender hacer una crítica anacrónica frente a su deontología, me parece que conviene interrogarse sobre este procedimiento de obtención del conocimiento lingüístico. Sabemos que las prácticas científicas de las cuales eran objeto los indios guayakí consistían en la colecta de datos antropométricos, de objetos y de vocabularios. El problema para la colecta lingüística es el rechazo activo que manifiestan los guayakí impidiendo que se concreten las investigaciones. Por esta razón los estudiosos recurren con frecuencia a niños en situación de cautiverio, esos locutores nativos, debido a su situación merecerían más bien llamarse locutores cautivos. Ellos presentaban dos ventajas: eran maleables debido a su juventud y estando en situación de cautiverio eran coaccionados para colaborar. Entre 1897-1932 se compilaron seis vocabularios guayakí. Se dispone de evidencia etnográfica suficiente como para afirmar que al menos la mitad de estos compiladores recurrió a los niños⁵⁸. Cuando Vellard revisó esta producción comprobó que la principal crítica que se hacía a estos trabajos era la “corrupción lingüística” de los locutores, que debido al cautiverio habían perdido la “pureza” de su lengua enriqueciendo sus vocabularios con palabras en castellano y guaraní.

Una crítica seria ha sido formulada sobre aquellas listas de palabras publicadas hasta ahora. Todas estas fueron establecidas con los guayakí cautivos que vivían desde hace más o menos tiempo con paraguayos y que ya hablaban bien el guaraní. Es difícil, en esas condiciones distinguir con certeza lo que pertenece lingüística y fonéticamente a su verdadero dialecto de sus adquisiciones en cautiverio. Hervas señalaba ya este inconveniente cuando decía que los guayakí olvidan muy rápido su lengua en cautiverio para aprender el guaraní. El argumento ha sido retomado actualmente por Bertoni y esta crítica puede hacerse sobre todo al vocabulario de Vogt.⁵⁹

⁵⁸La Hitte trabajó con un locutor designado como Mauricio y recopiló 25 palabras; Vogt, con Carlitos de 10 años y Mariana de 25, Bertoni, Mayntzhusen.

⁵⁹Jehan Vellard, “Les Indiens Guayakí”, *Journal de la Société des Américanistes*, XXVII, núm.1, 1935. pp. 175-244, p. 176

En su artículo dice que tenía conocimiento de las críticas formuladas a Bertoni y Vogt. De esta manera intenta fundamentar las razones que lo llevaron a desplegar el dispositivo de aislamiento que organiza para evitar que la lengua de Luis Guayakí fuera corrompida con vocabulario del castellano o del guaraní. Su principal innovación metodológica consistió en aislar a su locutor nativo, impidiéndole hablar con otras personas. Después de ampararse de Luis Guayakí, Vellard tomó una serie de decisiones para que su estudio fuera realizado en condiciones ideales.

Las condiciones en las cuales he trabajado me han permitido evitar este inconveniente. Así después de haber dejado a los suyos mi joven guayakí fue enteramente aislado del contacto con los paraguayos y los mbyás, durante los meses necesarios para establecer el vocabulario no escuchó jamás una palabra de guaraní. Me he obligado a guardarlo sin cesar cerca de mí, no hablándole más que en su lengua y empleando las palabras que el indicaba. No escuchaba hablar alrededor de nosotros en la familia Balansa más que el francés o el español. En esas condiciones el vocabulario reunido, más de 600 palabras y frases, no ha sufrido ninguna influencia extranjera. Durante un viaje examine los dos tercios de las palabras y me parecieron netamente guaraní, un tercio era idéntico al guaraní corriente del Paraguay, las afinidades del último tercio parecían más difíciles de establecer a primera vista (Conferencias en la Facultad de Humanidades de la plata y en el Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires, diciembre de 1932). Después el estudio profundizado de este vocabulario demostró que el dialecto guayakí es un dialecto guaraní muy puro con características que indican una evolución poco avanzada y un léxico reducido al que le faltan muchos términos usuales como en casi todos los otros dialectos guaraní, la gramática es rudimentaria y la fonética especial, no hay hispanismos, ninguna palabra puede ser vinculada a una fuente diferente del guaraní.⁶⁰

Los debates teóricos y metodológicos que se hacía la etnografía -aún no se hablaba de etnolingüística porque esta era considerada simplemente como una ciencia auxiliar y no como una disciplina en sí misma- con relación a las lenguas giraban alrededor de tres temas: el origen de la lengua, su grado de pureza (lengua pura o mezclada) y su estado evolutivo (de primitivo a civilizado). Las conclusiones a las que llega Vellard parecen, hoy, bastante previsibles. En cierta forma también lo eran en aquella época. Aparte de cuantificar la influencia del guaraní y

⁶⁰ Jehan Vellard, "Les Indiens Guayakí", *cit.*, p.176

de constatar la ausencia de otras influencias, la manera que en caracteriza el “dialecto” conforta la imagen de primitivismo que se tenía de sus locutores.

El trabajo de Vellard no se limita a lo lingüístico, el niño también hace las veces de espécimen vivo sobre el cual se hace todo un trabajo de observación y análisis. Uso este término porque Luis es tomado como una muestra representativa de la población a la que pertenece y, por otro lado, porque Vellard elabora un discurso explicando de dónde viene, cuáles fueron las condiciones mediante las cuales llegó hasta él. Esta triple práctica a la vez de antropología física, biología humana y de etnolingüística era inusual. En aquellos años, por ejemplo, en las colonias francesas de África, todo el campo de la biología humana era confiado a especialistas del campo de la salud, generalmente médicos. Y los etnólogos se dedicaban únicamente al estudio de los aspectos culturales. Las expediciones etnográficas francesas en América conservaron el carácter pluridisciplinario, estudiando a la vez la dimensión biológica y la dimensión cultural del hombre. Pero aun en estos casos, existía una división del trabajo, y la parte biológica era confiada a otra persona que no fuera el etnógrafo. Así, por ejemplo, cuando Alfred Métraux se fue a la Isla de Pascua, un médico enviado por el gobierno chileno, Israel Drapkin, fue encargado de hacer el estudio genealógico, antropológico y serológico⁶¹. Entonces, es inusual que una misma persona realice ambas tareas. La doble competencia, a la vez en el campo de la biología y de la cultura, es una de las principales marcas de fábrica del trabajo que realizó Vellard.

Asimilar su práctica a una etnología racista sería demasiado simplista, un análisis más detallado permite entender que sus ideas sobre la diversidad humana eran a la vez tributarias del aparato conceptual de la antropología naturalista del siglo XIX y de las técnicas de punta de la biología humana. La primera vez que publicó sobre Luis Guayakí fue en 1934 en el primer tomo de su monografía sobre los guayakí publicada en el *Journal de la Société des Américanistes*. En este primer texto, Vellard lo menciona más de 40 veces. Lo ha observado desde todos los ángulos. Calcula que se trata de un niño que tiene entre ocho o diez años. Lo describe físicamente: pelo negro abundante, medianamente grueso, piel más blanca que la de los peones paraguayos, pelo cortado en forma de corona al estilo franciscano, ojos de color marrón oscuro, piernas arqueadas en forma de “x”, cabeza pequeña, diez piezas dentales faltantes en su dentadura... En total, les concede cuatro páginas a las notas descriptivas y dos a las 48 medidas antropométricas, entre

⁶¹ Christine Laurière, “L’épreuve du terrain”, en *Les Années folles de l’ethnographie. Trocadéro 28-37*, Muséum national d’histoire naturelle, París, 2017, pp. 405-447.

las cuales podría subrayar su observación sobre el “prognatismo acentuado” y la cabeza “mesocéfala” de Luis. Más adelante, en el texto, observa las limitaciones intelectuales del niño, propias a las de las “razas tropicales”. Aunque estas dos apreciaciones no van seguidas inmediatamente se podría pensar que Vellard cree que existe una correspondencia entre raza e inteligencia y entre raza y medioambiente. Pero no todo su aparato conceptual es decimonónico. Otras pistas, nos remiten a las técnicas más modernas de biología humana que se practicaban entonces. Los análisis hematológicos que le permiten determinar que Luis pertenece al tipo IV, por ejemplo, son una innovación de la medicina, los grupos sanguíneos fueron descubiertos a finales de la década de 1920.⁶² También práctica análisis coprológicos para determinar la presencia de parásitos, controla el ritmo cardiaco de Luis, describe las enfermedades que tuvo “sufrió un violento catarro al llegar”. En sus observaciones, hay un tercer componente, que revela quizás la influencia de la psicología del comportamiento en la representación que Vellard se construye del niño, se refiere sus miedos, su docilidad, su desapego o cuando se interesa por aspectos más prosaicos de su cotidianidad como las preferencias alimenticias de Luis, “arroz y carne” en lugar de galletas y queso, de su sensibilidad térmica “sufre de frío en las noches”, “se viste para dormir y en la mañana se quita la ropa”.

Recordemos que el proyecto decimonónico de categorizar y jerarquizar las razas, la creencia de una correspondencia entre raza e inteligencia fueron ideas que volvieron a ganar el fervor popular en este periodo debido a los propios avances científicos de la época. Me refiero al redescubrimiento de las leyes de Mendel en 1900, al nacimiento de la genética moderna, a la biometría y a la identificación de los grupos sanguíneos y su distribución. Todas estas innovaciones científicas llenaron de incertidumbre la biología de la diferenciación humana. Las ideas de pureza y estabilidad racial comenzaron a ser rechazadas por los científicos más vanguardistas, pero aún no se sabía cómo la herencia interactuaba con el medioambiente para producir las diferencias físicas que inspiraban a la taxonomía racial. Por estas razones, los antropólogos consideraban que la raza era un componente biológico clave para comprender la identidad humana.

⁶²En 1930 Karl Landsteiner recibió el premio Nóbel de medicina por haber descubierto los grupos sanguíneos del hombre.

En su informe de misión Vellard presenta los “resultados” de su expedición. La colecta de objetos de una colección etnográfica es un proceso técnico, cognitivo y administrativo. Aquí tenemos un ejemplo de la transformación de unos objetos en objetos etnográficos.⁶³

En suma, mi viaje a Paraguay ha dado los siguientes resultados: una colección de 300 objetos makas, dos urnas funerarias halladas cerca de Asunción, algunos huesos fósiles en mal estado, notas y fotografías de petroglifos cerca del Cerro de Villarrica, colección guayakí de un centenar de objetos, colección mbayá aun sin terminar, pequeña colección toba del Chaco argentino, en esqueleto toba, un esqueleto guayakí y tal vez un esqueleto mbayá (en negociación).⁶⁴

Recoger, hacer una lista, hacer fichas de cada objeto, clasificarlos en series, clases y categorías, son los primeros pasos en la “biografía” de los objetos colectados, la primera etapa del proceso de colecta y de su entrada en una colección. La lista, que cito abajo, fue elaborada por Vellard al regresar de la misión, a finales de 1932. Esta es una evaluación cuantitativa de su trabajo, tengo la impresión de que aún no había tenido tiempo de hacer fichas de colecta, debido al volumen de la colección y debido al hecho de trabajar solo. Me interesaré únicamente en lo que concierne a la colección de objetos guayakí conformada por un “centenar” de objetos. No he logrado tener información sobre el esqueleto.

En su monografía de 1934, Vellard presenta la “colección guayakí” dentro de un acápite destinado a describir la “cultura material”. Clasifica los objetos en ocho categorías que a su vez están agrupadas en clases: instrumentos (hachas de piedra, cinceles, conchas, espátulas), cestería⁶⁵ (estuches para plumas, cestas, paneros impermeables), cerámica, cordelería, adornos (collares⁶⁶, aretes), armas (arcos, flechas) y objetos de uso desconocido (y una bola de cera con un pico de tucán cuya utilidad desconoce). En algunos casos, se percibe que al interior de cada clase hay varios ejemplares. Por ejemplo, la categoría “instrumentos” contiene cuatro hachas y tres piedras cinceladas. Los objetos son meticulosamente descritos: su forma, su talla, sus dimensiones, y en ocasiones Vellard desarrolla explicaciones sobre los usos o las tecnologías

⁶³Julien Bondaz, “Entrer en collection. Pour une ethnographie des gestes et des techniques de collecte”, *Les cahiers de l'École du Louvre* 4, 2014, [En línea], <https://doi.org/10.4000/cel.481>

⁶⁴Jehan Vellard, “Exploration du Dr Vellard”, cit., p.218.

⁶⁵ He identificado 6 piezas en el catálogo del *Musée du Quai Branly*.

⁶⁶He identificado 7 piezas en el catálogo del *Musée du Quai Branly*.

de fabricación. Por ejemplo, explica la técnica que consiste en tomar una piedra de forma aplanada, tallada por el agua, insertarla en un tronco de árbol, esperar que este se desarrolle alrededor de la piedra y cuando eso ha ocurrido cortarlo para fabricar el mango de hacha.

Este meticuloso trabajo, que se extiende durante 23 páginas, constituye un tercio de artículo. El interés que pueden tener estas páginas, áridas para el ojo del no iniciado, es inmenso, porque si hay algo que escasea para poder hacer una historia de las antiguas prácticas de colecta, son las fuentes.⁶⁷ Estas páginas revelan todo el marco normativo de la colecta. En particular la aplicación de las instrucciones para colectores elaboradas por M. Mauss. Aunque Vellard no se refiere a ellas nominalmente en ningún momento de su trabajo, sabemos que estas instrucciones constituyeron el marco normativo de las colectas del *Musée d'ethnographie du Trocadéro* durante el periodo de 1928-1937⁶⁸. En las páginas precedentes hemos logrado establecer en qué condiciones logra coleccionar los objetos, por lo tanto, es posible suponer sin especular que Vellard colecciona casi al azar porque no tiene realmente un control sobre los objetos que logra acumular y su trabajo, *a posteriori* consiste en tratar de dar sentido a la colección y adaptarse a las instrucciones. Un ejemplo muy concreto de esta adaptación concierne la recomendación de constituir series de objetos. Vellard logra constituir una serie de 15 flechas gracias a los ataques. Lo mismo ocurre con otros objetos, pero no con todos: hachas, flechas, collares, cestas. Las instrucciones de Mauss no son la única influencia, también se puede percibir la influencia del modelo naturalista en la colecta etnográfica. Por ejemplo, en el uso de términos como “especimen” que puede tener un doble sentido. Remite al modelo de colecta naturalista o viene de la noción museográfica de “especimen de civilización” acuñado por en el *Musée d'ethnographie du Trocadéro*. La lógica disciplinaria que prima en la colecta y la clasificación conduce a clasificar dentro de la categoría de objeto etnográfico piezas mixtas que tienen elementos de *naturalia* y de *artificialia*. Por ejemplo, en la colección hallamos hachas con mangos hechos de huesos -no sabemos si de origen humano o animal-, también hallamos cuerdas que tienen cabellos de origen humano y fibras vegetales, o incluso recipientes hechos de calabazas y eventualmente transformados en objetos impermeables gracias a la cera de abejas.

Un aspecto que daría más luces para entender mejor el trabajo de descripción y clasificación realizado por Vellard serían las fichas de colecta, pero durante el trabajo de investigación y

⁶⁷ Julien Bondaz, “Entrer en collection...”, *cit.*

⁶⁸ André Delpuech, “Collectes, collections...”, *cit.*, p.460.

búsqueda de fuentes, no me pareció necesario saber si existían y eventualmente encontrarlas porque me parecía que conducían hacia un tema muy alejado de mis intereses. Sin embargo, estas fichas, que son mucho más accesibles en el caso de otras colecciones como la de Dakar-Djibouti, contienen descripciones de los lugares, momentos de colecta, nombres de los objetos, materiales de confección, etc. También es interesante comparar la ficha del colector y la ficha descriptiva del museo porque entre ambas se construye una historia elíptica del objeto que en cierta forma esconde la historia de las condiciones de adquisición y de colecta. La brecha puede llegar a ser enorme. Así, por ejemplo, todas las piezas de esta colección figuran en el catálogo de *Musée Quai Branly* como “donaciones” de J. Vellard. Sin duda, estamos frente a una figura de la retórica museográfica, pero esta figura en cierta forma enmascara la historia del objeto. Por supuesto, al igual que el término “donación”, el término “recoger” usado en los relatos etnográficos no debe ser tomado literalmente. Es una candidez imaginar que los etnógrafos que se dedicaban a la colecta la practicaban recogiendo en toda quietud adornos, máscaras, armas. Pero también es muy ingenuo, incluso condescendiente, creer que los intercambios siempre favorecen a los etnógrafos y que los indios siempre salen perdiendo. En la expedición junto a Levi-Strauss, este último explica haber obtenido un objeto de arte plumario a cambio de un fusil.⁶⁹ Vellard, también explica que en su equipaje tenía muchas baratijas para intercambiar; posiblemente las usa, pero no con los guayakí. Por su propio testimonio, sabemos que no fueron usadas con ellos simplemente porque jamás logró establecer una relación que permitiera entrar en contacto para hacer intercambios. En algunos pasajes de su monografía, Vellard describe explícitamente los momentos en que “recoge” tranquilamente ciertos objetos abandonados:

Al abandonar su campamento las mujeres dejan algunos objetos usados: fragmentos de cerámica, trenzas, madera de arcos, caparazones, etcétera. A veces hemos encontrado objetos perdidos en medio de rastros de comida: piedras de hacha, cerámica, piedra de fuego.⁷⁰

Sin embargo, no todos los objetos fueron colectados pasivamente. Entre los adornos, figura una serie de siete collares hechos en base a dientes. Veamos el caso del collar clasificado por el *Musée du Quai Branly* con el número 71.1932.64.285.⁷¹ Este objeto está hecho a partir de dientes de simio y una cuerda de fibras de origen vegetal. Intenté, a partir de la imagen fotográfica del museo, contar la cantidad de dientes que lo componen. Calculo que el collar

⁶⁹ Claude Levi Strauss, *Tristes tropiques*, Paris, Plon, 1955.

⁷⁰ Jehan Vellard, “Les Indiens Guayakí”, *cit.*, p. 236.

⁷¹ Archivos del *Musée du Quai Branly*, 71.1932.64.285.

tiene unas 600 piezas. Supongamos que las piezas provengan de las dentaduras de monos *Sapajus apella*, que es una de las especies más comunes de América del Sur. La dentadura de estos monos está compuesta de unas 32 piezas. Esto significa que, para fabricar este collar de dientes de mono, se necesitaron por lo menos unos 18 monos, y esto suponiendo que todas las piezas sean utilizables para el collar. Ahora bien, no conocemos precisamente cuáles eran las prácticas cinegéticas de esta población en particular, pero podemos suponer que no practicaban una cacería intensiva. Me pregunto ¿cuántos monos cazaba un grupo en el lapso de un año? Añadamos a esto el carácter colectivo de la cacería, posiblemente la distribución de la presa estaba regida por reglas. ¿Podía el fabricante del collar disponer de todas las piezas de la dentadura del simio sistemáticamente? Probablemente el fabricante de este objeto demoró años en reunir tal cantidad de piezas. Tomando en cuenta todos estos aspectos, sabiendo que estamos frente a una sociedad en la que se posee muy poco, podríamos suponer que este collar es un objeto muy valioso. Ahora bien, recordemos que Vellard, en su relato indica haber recogido la mayor parte de las piezas de campamentos abandonados. Me resulta difícil creer que un collar de dientes de mono, con unas 600 piezas, haya sido abandonado descuidadamente en un campamento. Podría creer que un collar hubiera sido abandonado, pero me parece difícil creer que siete collares hubieran sido abandonados y posteriormente recogidos por el etnógrafo con toda tranquilidad.

La interrogación acerca de los métodos de colecta y del valor de estos objetos me interpela. Por un lado, estamos frente a procedimientos de una gran violencia. Por otro, frente a la colecta de objetos que tiene valores diferentes, pero entre los cuales existen con certeza piezas de un valor inestimable, como estos collares. Unas de las preguntas que me hice concierne la historia de esta colección una vez que llega a Francia. Sin duda, es un tema que daría materia para un trabajo en sí mismo que no puedo hacer aquí. Pero he aquí algunos de los datos que pude obtener. Los objetos pasaron sucesivamente del *Musée d'ethnographie du Trocadéro* al *Musée National d'Histoire Naturelle* al *Musée Quai Branly* donde se hallan actualmente. Mi última consulta de los archivos del *Musée Quai Branly*, de noviembre 2021, indica que hay actualmente 158 objetos guayakí “donados” (expresión consagrada en la legislación) por Jehan Vellard. Aparte de un collar -que describo arriba- los objetos de la colección guayakí no forman parte de la colección expuesta al público. Supongo, de manera muy pragmática, que se debe a la austeridad misma de los objetos, que no tienen nada de “espectacular”. Sin duda, un trabajo más exhaustivo sobre el discurso y las prácticas museográficas permitiría comprender mejor porqué. El hecho es que nunca han sido objeto de una exposición específica. Es decir que todo

este trabajo de colecta, cuya obtención costó la vida de varias personas, ni siquiera ha sido valorado por los museos que lo guardan.

Publicaciones, comunicaciones, fotografía

El viaje a Paraguay fue prolífico para Vellard. Le dio material para escribir en muchos ámbitos: etnología, entomología, geografía. Sus trabajos etnográficos no solo abarcan a los guayakí, también escribió sobre los mbyás. En lo que concierne a su etnografía guayakí Vellard publicó cinco textos, los primeros cuatro son artículos que aparecieron en el *Journal de la Société des Américanistes* dirigido por P. Rivet. El primero (1932) fue una carta dirigida a Paul Rivet, que fue publicada tras algunas modificaciones. Esa carta hace un balance de los resultados de la expedición y habla de Maryvonne, de sus intenciones y sus dudas para con ella. Luego, en 1933 fue el turno de una presentación de los resultados de su colecta etnográfica y antropológica en Paraguay. En 1934 y 1935 publicó dos tomos sucesivos de su monografía sobre los guayakí. En 1939 publicó *Une civilisation du miel* en Gallimard, un libro monográfico sobre su viaje y su búsqueda de los indios guayakí. El conjunto de este corpus de publicaciones constituye en sí mismo un testimonio del esfuerzo de mediatización de la etnografía, de las dificultades y desafíos para llevar adelante esta promoción. Así, en la cantidad de títulos que se acumulan en el *Journal de la Société des Américanistes* se percibe un esfuerzo editorial de vigilia de la actualidad, que muchas veces favorece la cantidad en desmedro de la calidad, pero que -para quien busca archivos- están llenos de informaciones sobre la cultura de los americanistas. La publicación del libro de Vellard amerita que nos interroguemos sobre la configuración de un campo editorial dedicado a la etnografía, al que Vellard no pertenece. Por otro lado, también me he interesado en comprender la recepción de estas publicaciones. Mas allá de la evaluación del trabajo de Vellard, lo que aparece, en las reseñas, es la configuración de un campo de especialistas.

Aunque no es exactamente un resultado etnográfico, Vellard también publicó un libro de entomología al regresar de Paraguay, lo hizo gracias a los auspicios de Maurice Caullery.⁷² Aun hoy, sus estudios pioneros en la identificación de venenos y extracción de material antiofídico siguen siendo reconocidos.⁷³ También escribió un artículo sobre geografía humana en el cual se

⁷² Jean Vellard, *Le venin des araignées*, cit.

⁷³ Sylvia Lucas, "The History of venomous spider identification, venom extraction methods and antivenom production: a long journey at the Butantan Institute, São Paulo, Brazil", *Journal of Venomous Animals and Toxins including Tropical Diseases*, 2015, p. 21:21.

interesa por describir el “carácter nacional” de los paraguayos.⁷⁴ El conjunto de las publicaciones de Vellard sobre la expedición paraguaya parecería, a primera vista, responder al modelo de los dos libros propuesto por Debaene, que consistía en la escritura de un libro científico y de otro más personal sobre la experiencia del viaje. En todo caso esta es la manera en que Debaene ha categorizado el libro de Vellard. Esta separación, entre un escrito científico y otro literario, me parece poco pertinente en este caso, debido a la porosidad disciplinaria que practicaba. Primero, porque Vellard publica efectivamente dos libros, uno dedicado a la antropología -pero en una colección de geografía humana- y el otro dedicado a la entomología. Con relación a la producción etnográfica, no publica dos, sino cinco textos, en los que ambos “géneros” -el científico y el literario- se combinan. Así, por ejemplo, los pasajes que le concede a Maryvonne en sus artículos científicos son mucho más reveladores de cómo va construyendo una relación afectiva con ella, mientras que, en el libro de 1939, es mucho menos locuaz al referirse a Maryvonne. Pero inversamente, en el libro de 1939 hallamos descripciones del ambiente paraguayo que no se hallan en los escritos científicos.

He buscado indicios que me informen sobre la recepción de los artículos científicos publicados en el *Journal de la Société des Américanistes*, pero el material no es abundante. Uno de los pocos testimonios de lectura es la carta de Curt Unkel Nimuendajú dirigida a Paul Rivet. Unkel es un antropólogo alemán, pionero antes de la hora de la observación participante, conocido tanto por los resultados de su investigación como por sus métodos de trabajo -decidió indianizarse al punto de adoptar el nombre de Nimuendajú con el que se lo conoce-. Rivet le propuso formar parte de la expedición de Matto Grosso, dirigida por Levi-Strauss. Cuando lo invitó, le explicó que Vellard también formaría parte del equipo. Curt Unkel Nimuendajú rechazó la invitación de Rivet alegando su antipatía por Vellard. Aunque no se conocían personalmente, el alemán había leído alguno de los cuatro artículos publicados en el *Journal de la Société des Américanistes* -en su carta a Rivet no precisa cuál- y estaba en total desacuerdo con las prácticas de colecta desplegadas por Vellard, ya que según él reflejaban una actitud de desprecio hacia los indios que no compartía.⁷⁵ Esta carta podría ser tomada como un indicio de la recepción negativa del trabajo de Vellard.

⁷⁴Jehan Vellard, “Les hommes et leurs travaux au Paraguay (Amérique du sud)”, *Bulletin de la société de géographie de Lille*, 1937, I, núm. 5, pp. 171 -183

⁷⁵ Christiano Key Tambascia, “‘Não sei como hei de viver’: os bastidores da etnografia de Curt Nimuendajú”, *Bérose - Encyclopédie internationale des histoires de l'anthropologie*, Paris, 2020, [en línea], <https://www.berose.fr/article2033.html>

El libro *Une civilisation du miel* fue publicado por la colección *Géographie humaine* de Gallimard, dirigida por Pierre Deffontaines. La decisión de publicar a Vellard en una colección de geografía humana, siendo que la editorial Gallimard tenía otra colección consagrada a la etnografía me parece reveladora. La colección *Géographie humaine* apareció en 1933 y *L'espèce humaine*, dedicada a la etnografía, comenzó a ser imaginada en 1935, en gran parte, gracias a Alfred Métraux, aunque oficialmente se considera que existió entre 1937-1965 y que fue dirigida por Michel Leiris. El proyecto editorial, es decir la lista de los trabajos que serían publicados fue en gran parte obra de Métraux.⁷⁶ ¿La exclusión de su trabajo de la colección dedicada a la etnografía fue decidida por Métraux? No dispongo de elementos suficientes para desarrollar esta hipótesis. El libro tuvo dos ediciones, una en 1939 y otra, una versión modificada, apareció en 1954. Fue un éxito de ventas, a juzgar por la cantidad de ediciones de las cuales fue objeto, doce en total, siete en 1939 y las cinco restantes después de 1954. La primera edición consta de 192 páginas y 24 ilustraciones de Emile Rivasseau y la segunda edición conserva solo algunas ilustraciones de Rivasseau, contiene fotos tomadas por Vellard y también las del propio Deffontaines.

Este último, formado por Jean Brunhes, no se conformaba con la visión tradicional de la disciplina instituida por Vidal de La Blache y sus discípulos⁷⁷. Dirigió la colección entre 1933-1972 y publicó en total tres obras de Vellard. Esta se dirigía a un público letrado, “a medio camino entre la erudición y la vulgarización” y buscaba presentar una geografía renovada, promoviendo un campo nuevo, la geografía humana, concebido en la “escuela francesa, que dio a esta ciencia su nombre, método e impulso”. La colección siguió dos orientaciones: mostrar el dinamismo de la acción humana y mostrar la batalla que los hombres han librado contra los elementos para mejorar sus condiciones y limitar los peligros.⁷⁸ Vellard y Deffontaines se conocieron en Brasil y desde entonces construyeron una relación amistosa y profesional que perduró varias décadas -Vellard publicó tres obras en esta colección-.⁷⁹ La decisión editorial -muy criticada- de ilustrar el libro con los dibujos de Rivasseau merece que nos detengamos. Durante 30 años (1890-1920) Emile Rivasseau recorrió el Brasil trabajando como agrimensor. En sus viajes recorrió el Matto Grosso, decidió escribir sobre su experiencia, usando el formato

⁷⁶ Vincent Debaene, “La collection...” cit., p. 840.

⁷⁷ Hugh Clout, “Visions of *La Géographie Humaine* in Twentieth Century France”, *Geographical Review*, XCIII, núm. 3, 2003, pp. 370-39.

⁷⁸ Archivo Gallimard, “Collection Géographie humaine”, *Catalogue des Éditions de la NRF*, 1936.

⁷⁹ Antoine Huerta, *La géographie ça sert aussi les relations culturelles internationales. Le cas de Pierre Deffontaines, un géographe Français aux Amériques (1934-1967)*, Thèse de géographie, Université de La Rochelle, dirigé par Laurent Vidal, 2016.

del relato etnográfico, *La vida de los indios guaycurús*, hizo varias ilustraciones y le pidió a Pierre Deffontaines que escribiera el prólogo de su libro.⁸⁰

Deffontaines probablemente pensó que las ilustraciones de Rivasseau servirían al relato de Vellard. Sin embargo, como las principales críticas al libro fueron el recurso a estas imágenes que no tenían nada que ver con los guayakí, en 1950, la nueva edición reemplazó las ilustraciones de Rivasseau por fotografías tomadas por Vellard, sin embargo, tengo dudas sobre la proveniencia de estas imágenes porque en el archivo fotográfico que Vellard legó a la Universidad de Austral se las presenta como imágenes tomadas en el Matto Grosso. Este recurso a imágenes ilustrativas transgrede el pacto documental que precede la lectura del documento.

El libro de 1939 tuvo mucha más cobertura que los artículos del *Journal de la Société des Américanistes* Así que es posible, a partir de 1940, leer varias reseñas. He identificado siete, publicadas entre 1940-1948.⁸¹ Conviene distinguir en este pequeño corpus, las simples menciones del libro -que se limitan a resaltar los aspectos más sobresalientes para promocionar la obra- de las reseñas propiamente dichas -que por lo general no sobrepasan media página de extensión-. Una sola de las reseñas aparece publicada en una revista de antropología, las demás pertenecen a una revista de historia, otra de demografía y las cuatro restantes a revistas de geografía.

Entre las menciones figura por ejemplo la de Lucien Febvre publicada en los *Annales*⁸² en la que resalta la publicación de dos trabajos de la colección *Géographie humaine* de Gallimard, uno sobre la Somalia francesa y el otro, de Vellard, sobre Paraguay, que Febvre compara al de André Leroi-Gourhan, *Civilisation du Renne*. La comparación en realidad no tiene mucha razón de ser porque -fuera del título- estos dos libros tienen poco en común. Leroi-Gourhan comenzó a trabajar para el *Musée d'ethnographie du Trocadéro* en 1933 y siguió los cursos de etnología de M. Mauss hacia 1934. Su libro es -como se diría hoy- un estudio pluridisciplinario (geografía, etnología, tecnología, prehistoria, orientalismo) que estudia tres épocas de una misma cultura de reno en el Ártico. Sin embargo, es justamente por el título que Febvre hace

⁸⁰ Emile Rivasseau, *A vida dos indios guaycurús, vida dos índios guaycurús: quinze dias nas suas aldeias (sul do Mato-Grosso*, Ed. Nacional, São Paulo, 1936.

⁸¹ Lucien- Febvre, "Divers", *Annales d'histoire sociale*. I, núm. 4, 1939. pp. 443-445 ; René Clozier, "Parmi les livres : Ouvrages intéressants la géographie, parus depuis 1939", *L'information géographique*, IX, núm.3-4, 1942. p. 70 ; Henri Onde, "Géographie et civilisation", *Le Globe. Revue genevoise de géographie*, núm. 87, 1948. pp. 87-101 ; Wilhelm Saake, *Anthropos*, 35/36, no. 4/6, 1940, pp. 1078-1078; Gini, C. *Genus*, IV, núm. 1/2, 1939, pp. 128-130. Artículo en italiano que le reprocha el recurso a ilustraciones que no ilustran nada del trabajo; J. Jn. *Geography*, XXV, no. 2, 1940, pp. 98-98; R. K. *The Geographical Journal*, XCVI, núm. 5, 1940, pp. 361-361.

⁸²Lucien- Febvre, "Divers", cit.p. 443-445.

esta comparación. El trabajo de Leroi-Gourhan dio inicio una serie titulada “La civilisation du...” una decisión editorial que Deffontaines justifica indicando que utilizaba la noción geográfica de “tipos de vida” para mostrar como la vida de los hombres se puede organizar alrededor de un producto.⁸³ En su mención del libro, Febvre se limita a mencionar algunos tópicos asociados a los guayakí (riesgo de desaparición, aislamiento, persecuciones sufridas, rechazo del contacto) que se hallan en *La civilisation du miel*, resalta el coraje de Vellard y concluye afirmando que no es un “geógrafo de biblioteca”. Esta asignación disciplinaria, posiblemente debido a la colección en la que publicó determinó también el tipo de revistas -de geografía- en las cuales fue reseñado el libro. Las principales observaciones que hallé en las reseñas publicadas en revistas de geografía conciernen la ausencia de mapas,⁸⁴ el recurso a unas ilustraciones que no corresponden a los guayakí,⁸⁵ el uso del término civilización para referirse a un pueblo “primitivo”.⁸⁶ Se le reprocha a Vellard el no haber aprendido la lengua, limitándose a compilar un vocabulario y sobre todo el haber hecho una síntesis de lo ya publicado en lugar de un verdadero terreno que permita producir informaciones de primera mano.⁸⁷

La única reseña de una revista antropológica fue escrita por el sacerdote alemán Wilhelm Saake, miembro de la congregación Misioneros del Verbo Divino y en aquel entonces, doctorando de antropología.⁸⁸ Su opinión es bastante mitigada. Por un lado, retoma el tópico de la “tribu desconocida” y aplaude que un trabajo sea consagrado a un grupo sobre el cual poco se conoce, pero, por otro lado, critica los medios usados por Vellard para lograr su cometido, indicando que varios guayakí murieron durante su estudio. También lamenta -sin duda por su interés personal- que el trabajo no de pistas sobre la religión, y que no haya podido construir una relación de confianza con ellos. Aunque se trata de una pista muy frágil, basada simplemente en esta reseña y en la exclusión editorial de la colección etnográfica de Gallimard, tengo la impresión de que los métodos de trabajo que usó fueron finalmente un criterio de exclusión del campo de la “etnografía humanista” que se buscaba construir en aquel momento.

⁸³Debaene, Vincent, “La collection *L'espèce humaine* rêverie contre-historique”, *Les années folles de l'ethnographie*, cit. pp. 831-871, p. 844.

⁸⁴J. Jn. *Geography*, XXV 25, no. 2, 1940, pp. 98-98.

⁸⁵C.Gini, . *Genus*, cit.pp. 128-130

⁸⁶Henri Onde, “Géographie et civilisation”,.cit., pp. 87-101.

⁸⁷R. K., *The Geographical Journal*,XCVI, no. 5, 1940, pp. 361-361.

⁸⁸Wilhelm Saake, *Anthropos*, cit., pp. 1078-1078

A pesar de las críticas sobre los métodos de trabajo usados, que fueron formuladas por Curt Unkel⁸⁹ una década más tarde, el trabajo publicado por Jehan Vellard obtuvo tanto un reconocimiento simbólico como material en Francia. Vellard obtuvo el premio Loubat otorgado por la Academia de bellas artes⁹⁰ y el premio Víctor Noury, consistente en 2.500 francos, otorgado por la Academia de ciencias,⁹¹ y la Sociedad de geografía le entregó la medalla de oro de etnografía Bonaparte-Wise.⁹² Vellard también menciona haber recibido el premio Mony y el premio Lautréamont.⁹³ Aunque no hallé documentos que expliquen este reconocimiento, he explorado la hipótesis del rol que jugó en un contexto de competencia entre los imperios coloniales. En el ámbito de la etnografía esta pasaba por la ocupación del territorio, la colecta y el enriquecimiento del patrimonio museográfico. En el caso de Vellard, su mérito consistió abrir la brecha para los estudios etnográficos franceses en Paraguay, que hasta entonces eran principalmente realizados por alemanes y argentinos.⁹⁴

De manera más inmediata, el reconocimiento también vino de sus pares. Cuando Vellard concluyó su trabajo de campo en Paraguay se fue Argentina para poder asistir al Congreso de americanistas de La Plata (24 de noviembre al 04 de diciembre de 1932). Para poder restituir un poco el ambiente del congreso he recurrido a dos reseñas, una elaborada por el propio Vellard, redactada en un tono docto y solemne⁹⁵ y la otra, redactada por François Machôn -un personaje totalmente singular, médico suizo, hizo dos viajes a Paraguay a finales del siglo XIX, entre otras cosas para “estudiar a los indios guayakí”, y cuando regresó definitivamente a Suiza se integró en los círculos de socialización intelectual del *Musée de Neuchâtel* y fue nombrado cónsul de Paraguay en Lausana.⁹⁶ A diferencia de Vellard, el resumen de Machôn adopta un tono más libre, y está lleno de observaciones agudas y maliciosas. Aunque el congreso en sí no es mi objeto de investigación es importante comprender el ambiente que reinaba, lejos de ser simplemente una reunión de especialistas, era un evento político, diplomático y académico. Para tener una idea de la envergadura y la solemnidad del evento, el mismo presidente de

⁸⁹ Curt Unkel, *Las leyendas de la creación y destrucción del mundo como fundamento de la religión de los apapokuwa-guaraní (1944)*, Lima, Centro amazónico de antropología y aplicación práctica, 1978, pp. 31-39

⁹⁰ Académie des inscriptions et belles-lettres.

⁹¹ Joseph-Florimond-Duque de Loubat era un mecenas que apoyó los estudios americanistas. La fundación Loubat financiaba también las expediciones etnográficas.

⁹² Jehan Vellard, “Une mission scientifique ...”, *cit*, p.293.

⁹³ Vellard, *Le venin des araignées*, Académie de Médecine, Paris, 1936.

⁹⁴ Verushka Alvizuri, “Jehan Vellard. Une expédition ethnographique au temps de la guerre du Chaco”, Barrera Caroline, *Science et culture en temps de guerre*, (sous presse).

⁹⁵ Jehan Vellard, “Compte rendu du ...”, *cit*, pp. 190-195.

⁹⁶ François Machôn, “Échos du XXVème Congrès international des Américanistes”, *Le Globe. Revue genevoise de géographie*, núm. 72, 1933. pp. 32-38

Argentina, el general Agustín Pedro Justo, acompañado por dos de sus ministros, el de Instrucción Pública y el de la Marina, recibió a los delegados extranjeros del congreso, les ofreció un banquete y una excursión. Vellard menciona nominalmente a algunos de ellos: Gino Callegari, un especialista italiano del arte prehispánico mexicano; K. Stolyhwo antropólogo naturalista polaco; Arthur Posnasky arqueólogo austriaco y gran especialista de la arqueología boliviana de Tiwanaku; la antropóloga brasileña Heloísa Torres, una de las pocas figuras femeninas, que llamó la atención de Machôn, no solo por su juventud y su talento: “ella presidió dos sesiones del congreso con una maestría incomparable y una gracia criolla”.⁹⁷ Además de estas figuras notables, el congreso reunió a unos cuarenta asistentes, varios de los cuales figuraban como delegados oficiales del país que los había enviado. La mayor parte de ellos tenía vinculaciones institucionales con museos. Era el caso de Francia, que a través del *Musée d'ethnographie du Trocadéro* había enviado a dos delegados, el suizo Alfred Métraux, entonces director del novísimo Museo de Etnografía de Tucumán y Jehan Vellard. Las ocho sesiones que duró el congreso se realizaron en el Museo de La Plata y en las instalaciones de la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires. La división disciplinaria del congreso - historia, arqueología, antropología y etnografía- es reveladora de la institucionalización de la diferencia entre la antropología y la etnografía. El buró de la sección de antropología estuvo presidido por el polaco Kazimiers Stolyhwo y por el italo-argentino José Imbelloni. Ambos eran antropólogos naturalistas. Imbelloni presentó un “estudio sobre el tipo físico de la raza de Santiago del Estero” a partir de un estudio de cráneos y Stolyhwo hizo un estudio sobre la talla de los colonos polacos establecidos en Brasil durante tres generaciones. El buró de etnología, presidido por Vellard y Heloísa Alberto Torres⁹⁸, estaba conformado por Enrique Palavecino⁹⁹ y Carlos Vega¹⁰⁰. Palavecino presentó un trabajo sobre los sirionó, comparándolos con los guayakí: ambos nómadas, organizados en pequeños grupos, sin contacto con otros indios, sus lenguas usan términos del guaraní y ambos poseen un arco de forma aplanada y un sombrero de piel de

⁹⁷François Machon, “Échos du XXVème Congrès international”, cit., p. 32.

⁹⁸Heloísa Alberto Torres (1895-1977) formada en Inglaterra. En 1925 fue elegida profesora de antropología y etnografía. Hizo una expedición a la isla de Marajó en 1930. Entró al Museo Nacional primero como vicedirectora (1935-37) y lo dirigió desde 1938-1955.

⁹⁹Enrique Palavecino (1900-1966). Autodidacta. En 1927 logra convertirse en Auxiliar Técnico de Etnografía y Arqueología en el Museo Argentino de Ciencias Naturales. Desde 1930 a 1942 es Encargado de Etnografía en la misma institución. Se especializa en la región chaqueña donde hace varias expediciones.

¹⁰⁰Carlos Vega (1898-1965). Guitarrista y musicólogo. Ingresó al Museo de Historia Natural para trabajar en la sección de arqueología y etnografía. Allí conoció a su mentor José Imbelloni. Desde 1931 comenzó a investigar sobre la música popular.

animal. Al respecto Vellard consideraba que “un estudio completo de ambas razas sería necesario para confirmar tales hipótesis”.¹⁰¹

Es en ese contexto que Vellard presentó los resultados de su investigación sobre los guayakí, en la sesión dedicada a la etnografía. Su presentación siguió el hilo de la colecta etnográfica: tipo de vida, armas, objetos usuales, cuerdas, vasijas, adornos, pinturas, tipo físico, vocabulario, etc. Aunque sabemos que llevó a Maryvonne a este congreso con la intención de presentarla, en su reseña, no dice ni una palabra sobre el particular. En cambio, Machôn, que es sensible al tema de los guayakí, por su propia experiencia, menciona en su reseña, a “la niñita guayakí de dos años y medio que Vellard presentó al congreso”:

La niñita Guayakí de dos años y medio que el doctor Vellard ha presentado al Congreso después de haberla arrancado a sus secuestradores, unos indios caiguás, presenta un parecido impresionante con ciertos tipos de indígenas de las islas Filipinas o de las regiones montañosas de Indochina. Constatación interesantísima puesto que los guayakí de Paraguay que nosotros también hemos visto en 1891, durante nuestro viaje de exploración en estas regiones, y que fue objeto de nuestra parte de una pequeña publicación, constituye un raro ejemplo de una “isla étnica”. En efecto, estos salvajes que aún están en la edad de piedra y que siempre han sido rebeldes a todas las tentativas de civilización, nunca se ha mezclado con otros pueblos. Su extinción completa está cercana esperemos que las observaciones recogidas por el doctor Vellard durante este viaje reciente ayuden a levantar el velo de misterio que recubre el misterioso origen de estos primitivos.¹⁰²

Ignoro si esta práctica de presentación de “especímenes vivos” era algo común en los congresos de esta naturaleza. Sabemos que la exhibición humana era común en otros contextos como ferias étnicas y zoológicos humanos, pero concretamente en esta reunión de americanistas, se trata -lo digo sin tener plena certeza- de una novedad. La niña, que había pasado ya ocho meses junto a los Vellard, fue acicalada para la ocasión con un vestido blanco y un collar de perlas. Se había transformado no solo exteriormente: entendía casi todo lo que se le decía en francés, tenía -dice Vellard- “las maneras de una niña europea” y “provocó la admiración de los miembros

¹⁰¹Jehan Vellard, “Compte rendu du XXVe Congrès international.. ”, cit., pp. 193.

¹⁰²François Machon, “Échos du XXVème Congrès international ”, cit., p. 35

del Congreso Internacional de Americanistas, reunido en La Plata”.¹⁰³ Sin embargo, las discusiones giraron en torno a temas relativos a la antropología física. Para determinar la edad precisa de Maryvonne los asistentes observaron la dentadura de la niña y analizaron las medidas antropométricas tomadas por Vellard, comparándolas con las de otra niña guayakí conocida como Damiana. Lo más llamativo de estas observaciones sobre Maryvonne radica en la dificultad de separar la antropología física y la etnografía.

La cuestión de su edad fue discutida con diferentes colegas. Las opiniones variaban de dos a cinco años (diciembre de 1932). Similar discusión provocó Damiana en 1897. La Hitte le daba unos dos años y Ten Kate, cuatro. Su desarrollo posterior dio razón a este último. Quizás haya sido incluso mayor. Las mensuraciones de Damiana hechas por Ten Kate se aproximan mucho a las de Marie Yvonne. Ambas niñas han debido ser capturadas más o menos a la misma edad, tres o cuatro años. Actualmente Marie Yvonne me parece tener cinco años (diciembre 1933). Su desarrollo, desde que está conmigo, ha sido rápido, tanto desde el punto de vista físico como intelectual”.¹⁰⁴

Uno de los resultados indirectos de la expedición de Vellard fue la producción de una fotografía que muestra a Maryvonne en medio de dos hombres. Uno de ellos es Jehan Vellard, vestido de traje y el otro un cura con una larga sotana. El cabello de Maryvonne ha crecido bastante, con relación a su primera foto con la cabeza rapada. Lleva un vestido y un saco de una tela que parece lino, medias y zapatos. Haciendo varias deducciones, supongo que la imagen pudo ser tomada por Amélie Vellard, posiblemente en Paraguay, cuando la niña fue bautizada. Una copia fue obsequiada por el propio Vellard al antropólogo Henry Reichlein y él la conservó hasta su fallecimiento, cuando fue donada -junto a otras imágenes y demás objetos- por su hija Marie Hélène Reichlein en 2007 al *Muséum National d'Histoire Naturelle*.¹⁰⁵ Posteriormente una parte de las colecciones fueron heredadas por el *Musée du Quai Branly* y así fue como la fotografía terminó formando parte de la “colección guayakí”. La historia de esta fotografía no informa tanto sobre la etnografía de los años treinta, sino sobre la historia de los objetos, concretamente de la fotografía etnográfica, su circulación, su entrada en las colecciones museográficas y sobre la transformación de su valor.

¹⁰³ Jehan Vellard, *Une civilisation....*, cit., p 132.

¹⁰⁴ Jehan Vellard, “Les Indiens guayaki.”, cit., p.285

¹⁰⁵ Muriel Chagny, Comunicación escrita, 2.04. 2015.

Encontré esta imagen en el archivo de la colección del *Musée du Quai Branly* cuando consultaba los archivos de las “donaciones” de Vellard. La información sobre esta imagen era la siguiente: “Fotografía original tomada en 1932 en Rio de Janeiro. Poco después de su “captura” en el bosque con un cura desconocido”. Sin embargo, de acuerdo con mis investigaciones, esta información no coincidía con la cronología de viaje de Vellard. Así que me puse en contacto con el museo y obtuve una respuesta de Muriel Chagny, entonces encargada de gestión de fondos iconográficos del *Musée Quai Branly*, ella me dijo que el texto de identificación de la foto era una copia textual del que figuraba en el reverso de la fotografía. Según Chagny, había sido escrito probablemente por Henry Reichlein, que era el dueño de la imagen. La palabra captura entre comillas provenía del texto. La fecha igualmente figuraba en el reverso de la fotografía. Le comenté que estos datos no coincidían con los datos de su viaje y que probablemente estaban equivocados. Después de algunos intercambios, la identificación del museo fue modificada.

La gestión de esta imagen ha sido confiada desde 2009 a la Agencia Scala “encargada de más de 1700 museos en el mundo”. Según la consulta que hice, el uso -incluso para una publicación de factura universitaria- está sometido a reglas mercantiles. Para establecer una estimación del costo, la agencia indica que necesario establecer el “los criterios de difusión del producto” y saber precisamente la cantidad de ejemplares que serían reproducidos. Mi sorpresa fue enorme al saber que existía una suerte de mercado en el que se podían vender unos productos derivados del caso. Finalmente, recibí un nuevo mensaje de la Agencia Scala señalando que después de varias consultas con el *Musée du Quai Branly* se había llegado a la conclusión de que este no tenía el derecho de reproducir dichas fotografías porque se necesitaba el acuerdo de los derechohabientes. Conociendo el itinerario de Maryvonne y la miserable situación económica en la que se hallaba en ese momento, me pareció irónico que su fotografía tuviera un valor comercial. Después de su fallecimiento, la fotografía fue publicada en un libro sobre el *Musée d'ethnographie du Trocadéro*.¹⁰⁶ José Vellard, hijo de Maryvonne, inicialmente no quería dar su autorización. Me escribió para hablarme de sus inquietudes al respecto y compartió conmigo los mensajes que le enviaron los editores. Estos insistieron de tal forma que finalmente cedió. Le enviaron un ejemplar del libro y se sintió contento de ver su nombre en la página de agradecimientos.

¹⁰⁶ Diego Villar, “Les expéditions”, cit., pp. 537-579

